

mas que un elemento de ella. Era, pues, una necesidad que interviniese en alguna circunstancia extraña, que sin disminuir en nada la integridad de sus dones, le diese lugar de escoger entre el bien y el mal. Dios proveyó á esto, colocando en el centro mismo del Paraíso terrenal una realidad simbólica que llamó con un nombre misterioso, el árbol de la ciencia del bien y del mal, y al que prohibió al hombre tocar bajo pena de muerte. Digo una realidad simbólica, para evitaros por una sola palabra que os equivoqueis, no viendo en esto mas que un árbol y un fruto propios á lo mas para probar el corazón de un niño. ¿No sabeis, señores, que la idea todo lo cambia? ¿No sabeis que la primera cosa que aparece se transfigura bajo el buril que la simboliza? ¿Acaso la Helvecia del siglo XIII tuvo un capricho infantil, cuando habiendo abatido la dominación de Gesler, escogió el árbol en que habia este gobernador fijado el signo de su tiranía, para hacer de él un signo de emancipación y el símbolo glorioso del triunfo nacional? ¿Creeis tal vez que en tales casos un árbol es un árbol? ¿Ignorais que una bandera es una nación, y que la mano que la lleva la retendrá á costa de mil muertes ántes que dejar en el lodo de una batalla este signo de honor? ¡Marchad, pues, para tener el placer de blasfemar contra el cristianismo, id á decir á un regimiento en batalla ante el enemigo que rinda su bandera, id á decir al pueblo de Guillermo Tell que corte su árbol, que le arroje por tierra y que le quemé! ¡Quitad, también, quitad de vuestras plazas, de vuestros palacios, de vuestros templos, los símbolos nacionales que recuerdan á las miradas y al pensamiento las santas tradiciones de lo pasado y las promesas del porvenir! Yo os lo pregunto, ¿hay un hombre sensato capaz de tales actos y que no sepa respetar la idea en su forma exterior?

Vosotros mismos, señores, ¿qué es lo que sois? ¿No sois tierra amasada, carne y sangre? ¿Qué es lo que os hace grandes? Lo que os hace grandes es la idea viviente que habita en vosotros. ¡Pues bien! Así como Dios ha arrojado un alma en un cuerpo, vosotros también, imitadores de su poder, arrojais un alma en un trozo de madera ó de lienzo. Una bandera es tela en el extremo de una vara; pero de una vara que vive, una tela que habla, y adonde ha pasado el alma de treinta millones de hombres con toda su historia y toda su virtud. Lo mismo era en el Paraíso terrenal aquel árbol famoso donde reasumió Dios bajo un nombre significativo todo el misterio del bien y del mal. Era una idea, un símbolo, el límite moral que habia puesto Dios á la soberanía del hombre, para probar en su obediencia la

verdad de su amor. Allí, en este solo punto, encontraba Adán la ocasión de acordarse que no era mas que una criatura, y que, rey del mundo visible, era súbdito de Dios.

En él encontraba aún otro género de prueba. Sin disminuir la perfección y la felicidad de su inteligencia, el árbol simbólico del Eden le hablaba de una clase de ciencia misteriosa y terrible de que no tenia la clave. Adán conocia el bien directamente; pero no lo conocia, felizmente para él, por la experiencia de su contrario, por la experiencia del mal. Y el mal es una gran ciencia. Ella es la segunda revelación, la que ha preparado Dios á los ciegos que rehusan ver la primera, y su brillo tenebroso no contribuye menos que la luz divina á mantener en la tierra el reino del orden y de la verdad. Después de Dios, no hay mayor revelador que el alma de un malvado; después de la enseñanza de la Iglesia, fundada por Jesucristo, no hay mas saludable enseñanza que la de las sectas que traman en la sombra por sus doctrinas y por sus actos la ruina del mundo moral. Espíritus soberbios, vosotros no escuchais el Evangelio del bien, vosotros oiréis tarde ó temprano el Evangelio del mal. No quereis creer en Dios, que os manifiesta la ley de la sociedad; vosotros creereis en las ruinas que repetirán un dia la misma ley. Esta era la revelación con que amenazaba Dios al primer hombre, poniendo á sus ojos, en el centro de su morada, el árbol profético de la ciencia del bien y del mal. Y de esta suerte, al mismo tiempo que le advertia que sometiese su inteligencia á la inteligencia divina, le ponía á la prueba de un segundo límite, el límite de lo desconocido en presencia del entendimiento. Detrás de este velo que podia desgarrar, ¿qué es lo que habia? Lo sabemos, señores, demasiado lo sabemos por nuestra desgracia: habia la historia de la humanidad decaída, la rebelión de nuestros sentidos contra la razón, el oscurecimiento de la verdad, la separación de los hombres en razas enemigas, la guerra, la servidumbre, la sangre, las lágrimas, la muerte. Nosotros lo sabemos, Adán lo ignoraba. La claridad de sus ojos le mostraba todo el bien, porque el bien estaba por todas partes ante él; ella no le mostraba el mal, porque el mal no estaba en ninguna parte. O si lo veía era con una vista abstracta, por vía de conclusión, y su inteligencia no era menos solicitada por esta ciencia misteriosa que Dios le ocultaba detrás del símbolo prohibido á su soberanía.

Finalmente, encerrábase en él otra tercer prueba, de orden inferior, es cierto; pero necesaria para que el hombre entero tuviera parte en el mérito y en el demérito de su elección. El árbol de la ciencia



del bien y del mal, aun siendo una idea y un símbolo, era tambien una realidad, y como realidad correspondia á los sentidos del hombre cuyo goce limitaba por el deber. Este era el lado accesorio de la prueba y su complemento, mientras que la incredulidad ha querido hacer de ella la cosa principal, á fin de arrojar un color pueril sobre el drama que ha decidido del curso de nuestros destinos. Visto en su clase, este accesorio era en el conjunto de la prueba lo que es el cuerpo en la organizacion total de nuestra vida; y para burlarse de ella, seria ántes necesario haber separado nuestra alma de la cubierta que la retiene. La belleza moral de las cosas consiste en su armonía, y es fácil desfigurarlas no mirando mas que su superficie por donde ellas mismas miran el mundo inferior. Mientras el hombre contenga el barro con que fué amasado, mientras que el gusano de tierra tenga el derecho de reconocer en él su pasto, habrá en nosotros un parentesco con la mas profunda miseria, y haciendo contraste esta miseria con nuestra parte sublime, seremos fácilmente presa de los espíritus que á imitacion de Cham quieren levantar el velo de nuestra desnudez. Sí, esto es cierto; aun en el dia de nuestra creacion, en el esplendor de nuestro primer sol, cuando éramos vírgenes, santos, reyes, inmortales y casi ya divinos, habia en nosotros sentidos que la belleza de un fruto podia seducir, y nuestra alma, por grande que fuese por su esencia, podia hacerse cómplice de un vil deseo, y aceptar su lamentable solidaridad. ¿Lo dudaréis? Si no lo dudais, respetad los designios de Dios que os ha creído capaces de ello, y no atribuyais á la prueba á que nos sometió la bajeza que solo está en nosotros. Esta prueba debia tocarnos. Y nos tocaba por todos los puntos vulnerables de nuestro ser; era sublime respecto al lugar donde somos sublimes, y pequeña en el lugar donde somos pequeños. Nos trataba como dioses y como niños, porque somos dioses y niños. Por esto la divina Providencia, que nos conocia bien, para mantener en la prueba el equilibrio entre el bien y el mal, habia colocado enfrente del árbol representativo del pecado y de la muerte, otro símbolo representativo del deber y de la inmortalidad, que llamó el árbol de la vida. Paralelo conmovedor, que tenia por objeto no dejar jamás al hombre en presencia de un atractivo sensible para el mal, sino ofreciéndole el auxilio de un atractivo sensible para el bien.

Tal era, pues, en el Eden el estado de la cuestion: tal la prueba á que fué sometido el padre del género humano. Y si os admirais aún de estó, dejando á un lado la Escritura y la razon, apelaré al espectáculo mismo que teneis á la vista.

El Eden no existe, pero el hombre vive. Él ha llevado consigo de su cuna, al través de los siglos, los despojos de todo lo que se le habia dado, su cuerpo, su alma, su Dios, y tambien su prueba. Nada ha cambiado en él ni en torno de él sustancialmente; él es enteramente el mismo, con una cicatriz de rayo; miradle, pues, y reconoced en el hombre decaído, al hombre virginal. No hay dos dramas en la humanidad; no hay mas que uno. Así como se habia puesto un límite á la soberanía, á la ciencia y al goce de Adán para probarle, así subsiste este límite para probaros tambien. Hay un límite á vuestra soberanía; porque ¿acaso lo podeis todo? á vuestra ciencia; porque ¿acaso lo sabeis todo? á vuestro goce; porque ¿gozais por ventura de todo? No os atreveréis á decir que sí. Y vosotros padecéis con estos tres límites, os son molestos, son la causa sin cesar renaciente ó de vuestra sumision á Dios, ó de vuestra rebelion contra él. Humildemente aceptada, como una situacion que quiso el mas legítimo y mejor de los señores, produce en vosotros el orden y la paz, que recaen en seguida al rededor de vosotros, en la sociedad doméstica y civil, en dichosos frutos de una paz y de orden mas grande. Rechazada por el orgullo, os entrega á los azares de un apetito sin freno del cuerpo y del espíritu, y prepara al mundo los trastornos de que se compone la historia de la humanidad. Vuestra prueba es, pues, la misma que la de Adán; parte de las mismas ideas, y toca en los mismos puntos del alma. Y si mirais en ello de mas cerca, discerniréis fácilmente sobre vuestras cabezas las ramas entrelazadas del árbol de la vida y del árbol de la ciencia del bien y del mal, ambos organizados, activos, inmortales, disputándose en una guerra implacable la direccion de vuestras facultades. ¿No oís una voz exterior que os dice: La soberanía os pertenece? El hombre es el término mas elevado de la vida universal que se reasume en él, y su voluntad es el solo principio de lo justo y de lo injusto, la única ley de sus actos y su única sancion. Quien reconoce otra autoridad es un esclavo, y quien la establece es un tirano. Atrás tambien las sombras del santuario, los dogmas que no ha hecho la razon, y que se le quisieran imponer en nombre de una verdad superior y misteriosa. La razon y la verdad no son mas que una cosa; la razon ve todo lo que puede ser visto, y todo lo que ella no ve, no existe. Atrás tambien la templanza y el recato, estas dos trabas de la naturaleza humana engañada, por donde se le arrebatara el libre vuelo de sus deseos. El hombre lo puede todo, lo sabe todo, debe gozar de todo.



Esta voz, señores, cualquiera nombre desecta ó de sistema que le deis, esta voz antigua que precede y que sigue todos los crímenes, que los precede para excitar á ellos, que los sigue para justificarlos, esta voz es el árbol de la ciencia del bien y del mal. Ella encuentra con sobrada frecuencia un cómplice dentro de vosotros, pero no es vosotros mismos. Ella viene de afuera; es una potestad asentada que toma con gusto todas las otras á su servicio, y si no hubiera una potestad sería é incorruptible que la tiene á raya, hace largo tiempo no sería la tierra mas que una cloaca, y el hombre una disolucion. Pero felizmente, el árbol de la vida no ha cesado tampoco de extender sobre vosotros sus ramas protectoras. Opones sus lecciones y sus frutos á las lecciones y á los frutos de su terrible rival. Nos invita á respetar las condiciones divinas de nuestra suerte, que son la dependencia de Dios, la fe en su palabra y sus promesas, el arreglo de los deseos por el espíritu del sacrificio. Aquí mismo, señores, oís esta segunda voz. Las dos realidades que se disputaban el corazon de Adán en el Paraíso terrenal se disputan el vuestro; el árbol de la vida está á vuestra derecha; el árbol de la ciencia del bien y del mal á vuestra izquierda; y vuestro destino personal, unido al del mundo, depende de la eleccion que hagais.

No os digo mas de esto. Hace un siglo, mis palabras hubieran caido sobre una generacion sobrado lejana de Dios para reconocer su historia en estas palabras del Génesis: *No tocaréis al árbol de la ciencia del bien y del mal bajo pena de muerte* (1). Era la hora de la ignorancia y del desprecio. Pero el libro de la revelacion, ese libro donde Dios escribe siempre, ha vuelto una de sus hojas, y el mundo ha visto en la sangre las verdades que no veía en la alegría. Hijos mayores de esta grande instruccion, ella se prosigue en vosotros, y si no os da aún la fe, os acerca al menos al respeto. Yo os felicito por ello. El viagero inexperto que atraviesa las arenas del Nilo encuentra algunas veces bajo sus piés una piedra que le llama la atencion por su forma ó su soledad; se inclina y la coge, creyendo tal vez hallar en ella un vestigio de antigüedad. ¡Imprudente! No sabe que cubre una culebra cerasta, que un solo movimiento puede causarle la muerte. Lo mismo sucede respecto del cristianismo. Es una piedra que yace en los arenales del mundo, y á que el primero que llega insulta fácilmente como á un despojo; pero ella contiene la muerte con la vida, y la mano que la toca imprudentemente recibe

(1) Cap. 2, vers. 17.

una leccion que redunda en beneficio sobre mas respetuosos escrutadores. Vosotros seréis de estos, señores; las desgracias de vuestros padres os han madurado para la verdad. Sufriréis vosotros mismos, porque habeis tocado vosotros mismos al árbol de la ciencia del bien y del mal; pero vuestros sufrimientos añadidos á los de vuestros padres cegarán en vosotros el abismo del error. Vosotros viviréis; reconoceréis vuestro lugar en el mundo, y renunciando á una independencia estéril y quimérica, esperaréis de Dios, que os lo ha dado todo, la revelacion postrera de vuestros destinos. Vuelta la mirada hácia él, cualquiera que sea la prueba que os envíe, riqueza ó pobreza, gloria ó dias oscuros, tendréis el valor de vuestra vocacion, porque tendréis su sacrificio. Y si alguna vez las vicisitudes de un siglo agitado os preparasen peligros y deberes mas grandes que los de una vida comun, si yo mismo con vosotros debiese encontrar la ocasion de daros el ejemplo, ayudándome con el vuestro, espero que la misma fe nos inspiraria la misma virtud, y que se encontraria en tierra el cuerpo del sacerdote al lado del cuerpo del jóven, ambos sepultados en la comunidad de una sola edad, la edad del sacrificio, que es tambien la edad de la eternidad.